

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Fesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli

PRÓXIMO NÚMERO

EL EMOCIONANTE DRAMA-FILM

Flor de Amor

POSTAL-FOTOGRAFIA:

Livio Pavanelli

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 15



**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XV

LA TORMENTA

Joya «Universal»

Protagonista: HOUSE PETERS

CONCESIONARIOS:

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.
Valencia, 233.—BARCELONA.

Al borde de los inmensos pinares de las montañas rocosas del Canadá, se halla el puesto mercantil de San Miguel, último eslabón entre la civilización y la selva.

Terminada la cacería de venados de aquel año, el newyorkino David Stewart, seguía aún en aquellas soledades que había aprendido a querer; lo pintoresco del lugar le atraía y los encantos de sus gentiles habitantes femeninos, le hacían prolongar, muy á gusto suyo, su permanencia allí, poniendo por encima de los he-

chizos de la gran capital cosmopolita, la exquisita sencillez de una vida silenciosa que cautivaba los sentidos con la fragancia de la felicidad desnuda.

Estaba tomando tranquilamente un café David, cuando advirtió que tres hombres, de porte sospechoso, conversaban con misterio, sentados en torno de un velador. Los aludidos no le parecieron desconocidos á David, y se disponía á no perderles de vista mientras perdurara su estancia en el hotel-restaurant.

Procedente de su cabaña del bosque, Burr Winton fue á la ciudad á buscar provisiones para el invierno y se hospedó también en el hotel donde se hallaba David y el terceto intrigante.

David no esperaba tener la sorpresa de encontrar á Burr, á quien conocía. En cambio éste no atinaba en recordarle.

—¿No se acuerda de mí, Winton? Soy aquel forastero barbudo á quien dió usted albergue una noche que me perdí.

—¡Pero si es verdad! ¡Se ha quitado usted la barba! Ya me parecía á mí que sus rasgos no me eran extraños. Y que ¿sigue usted cazando?

—¡Que se va á hacer! Así se mata el tiempo, ya estamos listos para esta temporada.

—¿Y sigue usted estando aquí?

—Por unos días más solamente: estos aires me sientan muy bien.

—¿En qué parte?

—Es usted malicioso....

—No lo crea.

—Pues me fortifican los pulmones.... y ventilan mi corazón.

—Vaya, vaya, con el amigo. Volveremos á vernos ¿no? Ahora voy á acostarme pero mañana comeremos juntos, si quiere.

—Entendido, buenas noches.

—Así las tenga usted.

David y Burr se separaron; éste, antes de subir á su habitación, entregó su cartera, bien provista, al patrono del establecimiento, diciéndole:

—Guarda esto en la caja, Pedro.

El triunvirato sospechoso, siguió con ojos perversos esta operación, y en David se afirmaron las dudas sobre él.

Al día siguiente, uno de los tres misteriosos, que ocupaba con su esposa una habitación situada á uno de los lados de la de Burr, fingió estar enfermo, lamentándose en voz alta la mujer. Burr, guiado por sus nobles sentimientos fué á llevar auxilio á la dolorida, la cual se le plañió de esta manera:

—Mi marido está muy enfermo. ¡No sé qué hacer! Si tuviera dinero iríamos á Calgary á ver un médico.

—No se apure usted señora; yo la ayudaré á usted. Enseguida vuelvo.

El falso enfermo y la fingida esposa celebraban en su interior el éxito de su combinación al ver como Burr, engañado, les daba todo el dinero que llevaba en su cartera, confiando que con él los infortunados esposos podrían remediarse sin carecer de nada. En cuanto á él, bien sabría encontrar dinero en San Miguel, donde tenia buenas amistades.

Pero he aquí que apenas habia hecho Burr tan buena acción, desprendiéndose de su dine-

ro para socorrer al prójimo, David apareció en la habitación de los bribones, y, prestamente, rescatando el dinero, hizo saltar de la cama al apócrifo moribundo, lo cual éste, para ponerse á la defensa, hizo rápido, desenmascarando así á los malvados. Los dos hombres restantes, que estuvieron apartados detrás de una puerta de la habitación, acudieron á defender á sus afiliados para recuperar cuando menos, aunque á golpes, el dinero apetecido.

No les salió bien la cuenta pues David y Burr hicieron buen alarde de sus energías sanas. La policía acudió al lugar de la riña y David hizo detener á los vividores declarando:

—Vi cuando los echaron á puntapiés del expreso canadiense del Pacífico, por tratar de estafar á unos pasajeros.

En el transcurso de las dos semanas siguientes, Burr y David se hicieron muy buenos amigos.

Habiendo ya hecho sus provisiones para la próxima estación, Burr hizo partir á sus dos servidores hacia el bosque, presenciando cuya marcha dijo á David:

—Irán adelante y dentro de una semana les seguiré yo. Durante cuatro meses estaré cubierto de nieve, invernando como un oso.

—Yo también pienso regresar unos de estos días á New York.

—¿Por qué no se viene usted conmigo? Un invierno en los bosques le sentaría muy bien.

—Es curioso; eso mismo estaba pensando. Vendrá si usted quiere.

—Ya lo creo que quiero, pero tenga en cuen-

ta que no es muy cómodo el llevar un lio al hombro y tener casi por seguro el pasar hambre y frío antes que llegue la primavera.

—Precisamente, lo que desconocemos nos atrae.

Y así fueron los dos al bosque: el solitario, á su mundo; el hombre de ciudad, dejando el suyo atrás.

Emplazada entre las nieves, á la margen de un frallón, estaba la cabaña de Jacques Fachard, un cazador que algunas veces—las que podía—se dedicaba al contrabando.

En aquel entonces iba á realizar un buen negocio, preparando á tal efecto la canoa para transportarse al lugar fronterizo, donde hallaría á sus clientes, ayudándole en esta tarea su hija, su único ser familiar, su alegría, su todo, en una palabra, la adorable Manette.

Manette se empeñaba en acompañar aquel día á su padre que deseoso de evitar á su hija la más mínima intervención en sus operaciones, por lo ilegales y peligrosas, pudo convencerla á renunciar á su propósito de seguirle, comunicándole:

—Es gente muy burda con la que hago mis negocios; indigna de rozarse con mi pequeña Manette.

Mas he aquí que al momento de despedirse de su hija, la policía, que habia descubierto el motivo de los frecuentes viajes de Fachard á través de la frontera norteamericana, se presentó en su cabaña.

—Queda usted detenido, Fachard —le dijeron.

El contrabandista, que presintiera esta contrariedad, á consecuencia de la cual sería condenado á larga reclusión, abrazaba con frenesí á su Manette, que iba á quedar sola.

La inteligente muchacha, intrépida como digna americana de las praderas, tuvo una idea feliz, que tenía sus peligros, pero cuya buena realización podía libertar á su padre de la implacable justicia. Con astucia de mujer, Manette, fingiendo un gran desespero para que los guardias no la separaran brutalmente de su padre, dijo á éste:

—Les seguiré á ustedes cerca del camino con la canoa. Esté atento á mis movimientos.

Los policiaes se llevaron á su presa y se encaminaron hacia el pueblo siguiendo el estrecho sendero de la montaña, que bañaba el río, de aguas impetuosas, bravías, sobre las que, cual juguete insubmergible, se deslizaba la barquichuela de Manette.

Al llegar donde el camino del río cruzaba á la orilla opuesta, Manette hizo una señal á su padre y éste, obediéndola, y ante la estupefacción de los policiaes, se arrojó al agua siendo recogido por la canoa.

La policia hizo numerosos disparos sobre los fugitivos queriendo castigarlos con la muerte por la burla de que habian sido objeto. Como vieran que sus deseos no llevaban trazas de verse complidos, se consolaron de su derrota á la idea de que la canoa, arrastrada por las aguas furiosas y revueltas, se estrellaría en la Garganta del Diablo por donde debía pasar á la fuerza.

Por milagro padre é hija conjuraron el peli-

gro, sorprendiéndoles la tarde en una explanada en la que no habia llegado aún la nieve.

Pero Fachard no habia escapado ileso á la policia. Un gesto de dolor reflejado involuntariamente en su rostro, obligó á tranquilizar á Manette:

—No es nada—la dijo, haciendo esfuerzos



Le seguiré á usted cerca del camino con la canoa...

por no traicionarse—un rasguño de una bala. Mira, estamos cerca de la cabaña de mi buen amigo Burr Winton. Vamos á pedirle hospitalidad. Unos dias de descanso allí me restablecerán completamente.

Un mes en los bosques habia creado una

verdadera amistad entre Burr Winton y David Stewart.

Este último, encontrando á faltar en la soledad de la selva, el aliciente mayor que para él había en el mundo, mujeres, inició esta plática con Burr:

—En su próxima vuelta por aquí tráigase á una esposa para que le haga compañía.

—Eso si que no: les tengo mucho miedo á las mujeres.

—Tenga cuidado. El día menos pensado se enamora y si esto sucede ¡qué TORMENTA va á haber!

—¿Conoce usted muchas mujeres, David?

—Más de la cuenta. Un invierno lejos de ellas me conviene mucho.

El fiel criado indio de Burr, interrumpió la conversación para despedirse de él.

—Me marchó, grande nieve viene pronto. Regresaré en la primavera cuando el paso esté franco.

—¡Adiós! Hasta entonces, pues, y buena suerte por él valle.... David, esta es la última oportunidad que tiene si quiere volver á la civilización. Ya ha oído usted la profecía del indio. Mañana sería tarde.

—.... ¡No importa! ¡Me quedo!

—¡Así me gusta! Nos vamos á divertir de lo lindo. Puede considerarse mi socio en lo que logremos cazar este invierno.

—Es usted muy generoso, pero hay una cosa que no quiero hacer.

—Digamela usted, y procuraré complacerle.

—No quiero *fregar platos*.

—Está bien, pero no se vaya á figurar que

yo sea su *lavandera*. Usted se tiene que lavar los calcetines.

A proximidad de la cabaña de Burr, Fachard no pudo dar un paso más: el dolor de la herida le había debilitado las fuerzas hasta el punto de no poder sostenerse sobre sus piernas. Manette, asustada, fué á requerir el auxilio de los dos amigos que seguían conversando á la puerta de la cabaña. Burr reconoció á Fachard y con fraternal abnegación se dispuso á salvarle. Aquél, tranquilizado por la presencia de un camarada de la nobleza de Burr, murmuró al oído de éste:

—Estoy herido de gravedad, pero no quiero que lo sepa Manette. Le he dicho que no es más que un rasguño.

—No se alarme usted, Fachard; ya veremos de poner remedio á esta situación.

En casa de Burr, mientras éste y Fachard hablaban á solas en una habitación del interior, David y Manette, que habían simpatizado enseguida, sostenían una agradable conversación:

—Viene usted de muy lejos, ¿verdad?—le preguntó Manette, admirada de la elegancia en el vestir de David.—Debe usted venir de una gran ciudad como Montreal, Quebec,....

—No; no vengo de ninguna ciudad canadiense: vengo de Nueva York, de Londres.

—He oído hablar de ese Londres. Es una población muy grande, ¿verdad?

—Ya lo creo.... ¿No le conoce usted?

—No. Yo sólo conozco estos bosques....

—.... Que por cierto son encantadores. Hay

en ellos unas flores tan delicadas, que las de nuestros invernaderos no igualan.... ¿Cómo se llama usted?

—Manette. ¿Le gusta este nombre?

—Mucho, pero usted me gusta más.

—No me ha mirado usted bien.... pero es usted muy amable. Me parece que seríamos buenos amigos. ¡Oh! Yo soy amiga de todos, sobretudo de quien es bueno. Usted me parece....

—¿Qué le parezco, Manette?

—Muy tratable. En fin, yo no sé expresarme.... á mí me tiene acostumbrada mi padre á considerarme una chiquilla.

—Pues es usted una adorable niña. De todos modos, no tiene usted muchos años....

—Dieciocho.

—Un verdadero Mayo florido.

—¿Qué es eso?

Burr aparecía en este momento. Un gesto de disgusto frunció sus cejas al ver á David y Manette en expansivo coloquio.

—¿Ha hablado usted ya con mi padre? ¿Está enfermo de cuidado?

—No sufre mucho, *pero más vale que vaya á ver si puede hacerle algo.*

—Es usted.... Burr Winton, ¿verdad?

—Sí, yo soy.

—Dice mi padre que es usted fuerte como el demonio; que una vez pegó á cuatro que querían robarle. Ya le habrá contado mi padre que venimos por la Garganta del Diablo, ¡más de prisa que cien centellas!

—No debe jurar de ese modo.

—¿Le llama á esto jurar? ¡Debería oír á mi padre! ¡Qué diría usted entonces!

—Diría que está feo, muy feo.

—¿No le gusta que haya venido aquí? ¡Me pone usted esa cara tan seria!

—Sí.... pero es que no estamos acostumbrados á tener señoras en nuestra compañía.

Manette entró á reunirse con su padre para convertirse en su amante enfermera, mas éste, sintiéndose próximo á morir, hizo llamar de nuevo á Burr. Manette comprendió entonces el grave estado de su padre y se agarró á su cuerpo que veía contraerse en el terrible período agónico.

—¡Oh! ¡Padre, padre mío! ¡Qué sería de mí!

—No es nada, Manette... nada... ¡Ay!... Burr... mi buen Burr.... le ruego que lleve á mi Manette á las Hermanitas de Notre-Dame.... hasta su mayor edad.... Hija mía.... te dejo con él porque es mi mejor amigo....

En su último suspiro, el moribundo pronunció el adorado nombre de su hija.

Manette estaba inconsolable; su cuerpo era sacudido por continuos escalofríos como si se le contagiara el frío glacial de la muerte.

Burr se veía poseído de numerosas dudas, temores y vacilaciones. La responsabilidad que le dejaba el infortunado padre lo desconcertaba.

David, sin que ello quiera decir que se alegraba de la desgracia, adivinaba tras ella un cambio en la vida que se había preparado para el invierno, pronto á llegar.

Como el indio había ^{*}^{*} dicho, durante la noche, que pasaron en vela junto al difunto, la nieve se les vino encima.

Al amanecer del día siguiente, los dos hombres dieron sepultura al padre de Manette y luego Burr, deseando poner en lugar seguro á la jovencita, se puso en marcha con ella hacia el Convento de Notre-Dame.

David presenciaba la partida desde el umbral de la cabaña, y seguía melancólicamente el alejamiento de la gentil flor silvestre, cuya lozania, tamizada por los sufrimientos morales de la víspera, había adquirido una palidez interesante.

Con cada hora que pasaba, la furia de la tormenta iba en aumento. Así fué que, al llegar Mannete y Burr á la única entrada del Valle Estrecho, un angosto desfiladero, comprobaron que una avalancha había cerrado el paso, embotellándoles en el monte hasta la primavera.

David estaba pensando si Burr regresaría solo ó con Manette, cuando los vió regresar, rendidos de fatiga por la apresurada marcha bajo la copiosa nevada.

El newyorkino celebraba la vuelta de Manette; en cambio, Burr, más bien por David, maestro en materia femenina segun le dijera él mismo, que por él mismo, sentía no haber podido cumplir aquella misma mañana la voluntad del muerto.

Manette, sorprendiendo la tristeza y contrariedad de Burr, á la que fingía participar David, díjoles:

—Siento mucho que yo, una intrusa, haya venido á perturbar las vidas apacibles que llevan ustedes aquí.

—No, no es eso, Manette— contestóla Burr.

—¡No es eso!

—Pero, bien pensado, yo también puedo formar parte de su sociedad. Ustedes se dedican á la caza y yo á la cocina. ¿Qué les parece? ¿Hace?

—¡No hay otro remedio! Si usted consiente dichosa á vivir con nosotros, en buena hora se quede aquí hasta la primavera— manifestó Burr.

—¡Muy bien!— dijo David, risueño.

—Perfectamente. ¡Somos tres socios, señores!

Durante muchas ^{**}semanas, la nieve cayó en abundancia y el Valle se convirtió en un mundo envuelto en blanco sudario.

La existencia se deslizaba tranquila en la cabaña, transformada en coquetona y risueña por la coquetería innata en toda mujer y la inagotable fuente de alegría de Manette. Burr, tan miedoso del sexo femenino, desechaba paulatinamente sus ideas sobre él, por obra y gracia de la simpatía de su protegida.

Más tarde vinieron días de calma, con cielo sereno, que los dos cazadores salieron á aprovechar para cobrar buenas piezas.

—David, tome usted las trampas del paso mientras yo voy al Pino Alto. Así regresaremos los dos casi al mismo tiempo.

—Está bien; hasta luego.

Burr siguió adelante; David, en lugar de encaminarse hacia el Paso, aguardó á que su amigo hubiese desaparecido de su vista para, llevando á cabo una idea que se había apoderado de él desde hacía algún tiempo, volver solo á la cabaña.

Manette estaba dando los últimos toques á la condimentación de la comida, invariablemente succulenta con sus dedos de hada.

El anticipado regreso de David no la extrañó de ningún modo.

—¡Manette!

—¿Por qué deja usted su americana sobre la silla? ¿No hay perchero para colgar los vestidos?

—Es cierto. Es usted intransigente con nuestro desorden. ¡Ya está en su sitio!

—Así ha de ser. Orden, orden y orden.

—¡Manette!

—¡Se me quema la carne!.... ¡Vea usted, ya se cogía!

—¡Manette!

—¿Qué le sucede, David?

—¿No soy de su agrado, Manette?

—Lo que no me gusta son estas tonterías. Sea usted serio, David.... Ande, sonríase, no se enfade conmigo; bien saben ustedes que no quiero caras mustias.

En el Pino Alto, Burr había cumplido su misión y se disponía á bajar á la cabaña. El regreso al hogar principiaba á no ser una frase vacía de sentido para él. Detrás de la inmensa explanada de árboles surgía una casita, la suya, en la que, junto con el fuego de la chimenea, otro fuego daba calor á su vida.

La presencia de David en la cabaña causó extrañeza á Burr, tanto más cuanto debía hacer un rato que estaba allí toda vez que estaba concluyendo el primer plato de la comida. Malhumorado por no haber sido él quien llegase el primero, se retiró á su habitación para

arreglarse delante del espejo y presentarse á Manette limpio como el mismo sol.

Mientras esto hacía Burr, David, en el comedor, conversaba con ella:

—Manette ¿no ha pensado usted nunca en el gran mundo lejos de aquí?

—No, David; por qué me le pregunta usted?

—Hay tantas cosas que no ha visto usted: Nueva-York, Londres, París, los teatros, música, cuadros, etc....

—Eso debe ser muy bonito, ¿verdad?

—Y, ¡qué bien luciría usted con los trajes que usan en esos lugares!

—¿Sí?

—Es usted demasiado preciosa para desperdiciar su vida en estas soledades olvidadas de Dios.

Burr, que oyera la última parte de las tentadoras palabras del hombre de la capital, se opuso á que prosiguiera en tan insanas insinuaciones, interrumpiéndole así:

—¿De dónde ha sacado usted que Dios se ha olvidado de este país? ¿Acaso algún ser humano hizo jamás música como el murmullo de nuestras florestas y pintó algún cuadro que pueda compararse con este paisaje que se ve por doquiera que se mire?

—Cada cual defiende lo suyo, amigo.

—Lo bello debe respetarse.

—Bueno, esto se acabó. A comer y á callar. Aquí está el puchero; deme usted el plato, Burr.

—Permítame que la enseñe como se sirve en el Ritz. Vea usted, Manette... la servilleta en un brazo, el cucharón...

—Quite de ahí, hombre. Aquí no estamos en



— Bueno, esto se acabó. A comer y á callar...

el Ritz y comemos más y mejor. Vea usted, Manette qué pronto queda usted servida y copiosamente. ¡No se necesita el cucharón siquiera para llenar un plato!

—Pero eso no es fino... Vea usted, Manette...

—¡Basta! Son ustedes muy amables, pero no acostumbro á tener criados. ¡Aquí mando yo! ¡A sentarse he dicho!

La cena terminó sin más incidentes.

—Siempre tengo que fregar los platos sola. ¿Quién me ayuda esta noche?—pregunta, una vez levantada la mesa, Manette.

Burr y David contestaron á una:

—¡Yo! ¡Yo!

—Uno solo. El otro mañana por la noche.

—¡Tanto que me gusta fregar platos!—exclamó David, deseando que Manette lo escogiera como ayudante por aquella noche.

—Se ha enamorado de este trabajo muy repentinamente ¿verdad?—le susurró Burr, malicioso.

—Yo siempre me enamoro pronto.

—Que la suerte decida quien de los dos debe empezar el turno. Tomen ustedes cada uno una carta; la de mayor número de puntos dará la preferencia al que la posea.

—As.

—As.

—¿Me deja ver su carta?

—En cuanto me deje ver la suya.

—Ases. Empate. ¡Oigan, nos olvidaremos de los platos, así será mejor! Mañana los lavaré con más calma durante su ausencia... ¿Qué haremos ahora?

—Vamos a dar la lección cotidiana de orto-

grafia—propuso David.

—¡Qué lecciones ni qué ocho cuartos!—protestó Burr.

—Burr, —díjole Manette—esto no está bien ya que David trata de ilustrarnos.

—¡Ilustrarnos! Sí... quiere ponerme en ridículo ¿no es así? No es un hecho casual el que me toquen palabras como de-cons-tan-ti-no-po-li-zar.

—¡Qué ocurrencias tiene usted, amigo Burr!

—¡Claro! Ea, Burr, acceda usted á tomar la lección.

—Ya sé que voy á salir perdiendo.

—Empecemos, pues; leeremos la frase *El dolor era peor que una neuralgia*. Tomaremos las palabras en riguroso turno sin favorecer á uno ni á otro. A usted, Manette, la corresponde principiar.

—*El*.

—Prosiga usted, Burr.

—*Do- do-l-or, lor-dolor*.

—Se lee así: *do-lor*. Continúe usted, Manette.

—*Era*.

—*Peor-que-una*.

—*Neuralgia*. Diga usted *neuralgia*, Burr.

—*Ne... ne...* ¡Cualquiera deletrea eso; yo no sigo!

—Ja, ja, ja; qué furioso es mi alumno. ¡Pues no se ha ido á su habitación, plantando al maestro!

—Con muchísima razón. Si toma á Burr por un tonto, le advierto que se engaña ¡y se acabaron las lecciones!

—¿Usted también se enfadó, Manette? Me pesa pues, lo ocurrido; voy á pedirle que me

perdone.... ¿Se puede? Lo siento mucho, Burr, olvidemos lo que ha pasado.

—Bien sabe que lo hizo por burlarse de mí, pero no importa, olvidémoslo.

David volvió al comedor y se puso á tocar la mandolina, su instrumento musical favorito.

—¡Qué bonito es eso, David!

—¿Pasó el enfado, Manette?

—Yo nunca me enfado, David. Yo solo deseo verles á ustedes siempre felices y buenos amigos.... Voy á cantar una canción que aprendí de niña.

Los marinos de agua dulce
Tienen miedo á las tormentas
Y se quedan en sus casas
Y las chicas tan contentas.

—
Pues si viene el huracán
Y se asustan los *pescaos*.
Vale más quedarse en tierra
Que no morir *ahogaos*.

—¿Qué voz tiene usted, Manette!

Y Burr, seducido por la dulce expresión de Manette, quiere también aportar su concurso á la agradable velada y saca del fondo de una caja un fonógrafo primitivo que lleva al comedor puesto ya en marcha.

—¿Cómo se llama ese ruido?—preguntóle burlón, David.

—Pues á mí me parece una música muy buena.

—¡Ya lo creo!—aprobó Manette—Es una vieja canción de aquí ¿verdad Burr? Lara la-la-la.

—De todos modos para bailar es magnífica.—añadió David.—¿Vamos Manette?... ¿Ya se

paró? ¿Pero cómo vamos á bailar sin música?

—Búsquese una orquesta para usted solo. La mía no toca más que cuando bailo yo.

—Eso quiere decir que se acabó el bailoteo. Está bien, hombre.

—Entonces, idos á la cama, que yo también me retiro á descansar. Voy á rogarle á Dios



«Los marinos de agua dulce
tienen miedo á las tormentas...»

que seáis siempre buenos socios y amigos. ¡Hasta mañana!

—Que descanse usted en paz, Manette,—dijéronla Burr y David. Este, á su vez, se despidió de Burr.

—Buenas noches, Romeo.

La cabaña quedó en silencio y á obscuras.

Sus habitantes se disponían, en sus respectivas habitaciones, á entregarse al descanso. Burr, entretúvose sin embargo en el comedor para terminar de fumar su pipa. Manette, oyendo ruido, salió á ver quien estaba todavía allí.

— Ah, es usted, Burr.

— Sí, yo soy, Manette.

— Le creía á usted en la cama.

— Yo á usted también.

— ¡Manette!

— Burr, ¿qué quiere usted?

— Manette, yo no puedo dejarla marchar á la primavera.

— ¿Por qué, Burr?

— Por que la amo, Manette ¡la amo! ¿Cree que podría amarme algún día?

— No sé... no sé...

Sus ojos se fascinaron y como poderosos imanes se juntaron sus rostros. El leve rumor de un beso se esparció por el ambiente.

— ¿Y ahora lo sabe, Manette?

Ella no contestó, retirándose sofocada á su habitación.

Burr, que no creía posible la felicidad que embargaba su alma, se dirigía á su cuarto; David le salió al paso. Burr le desaprobó su indiscreción.

— ¿Escuchando, eh?

— Usted no es el único hombre aquí. Mis sentimientos hacia ella son exactamente iguales que los suyos.

— Usted sabe como son las cosas.

— Yo le dije que la tormenta le trastornaría. ¡No va á poder dejarla en paz!

— ¡Maldición! ¡No ponga semejantes pensa-

mientos en mi mente!

Burr alzó su puño en signo de amenaza contra la osada suposición de David. Este se sacó un revólver y apuntándose sobre el corazón de Burr, le dijo:

— Yo podría hacer que me prefiriera á mí.

— Sí, pero usted no tiene valor para hacerlo.

En efecto, David, á pesar de los celos que lo devoraban, se convenció de que no sería capaz de matar á su rival, un hombre como él. Y volvió á su habitación, tramando una venganza en su espíritu.

Burr, apenas entrado en su habitación se acordó de que dejara olvidado el fonógrafo sobre la mesa del comedor, y salió á buscarlo.

David, entretanto, penetraba sigilosamente en la habitación de Manette, que dormía el sueño de la inocencia.

De pronto, Manette pronunció dos veces el nombre de Burr, lo cual éste oyó claramente, pues la habitación de la amada criatura se hallaba precisamente frente al comedor. David, alarmado, se escondió detrás de la cortina del ropero de Manette. Burr acudió á las llamadas de la joven y se percató de que lo estaba soñando. Mas al retirarse, Manette despertó y le vió frente á ella. Confuso, Burr justificóla su presencia allí:

— Creí haber oído que me llamaba.

— Sí. He tenido una pesadilla horrible. Como si alguien viniera á hacerme daño... usted no permitiría que nadie me hiciera daño, ¿verdad?

— Mataría al que osara tocarle un pelo de su cabeza.

Al volverse para marcharse, Burr vió, con cólera comprimida, los pies de David, oculto tras la cortina. Para despistar fingió despedirse de Manette, pues David empuñaba su revólver con mala intención si era descubierta, y como el rayo se abalanzó oblicuamente sobre la cortina enrollando en ella el cuerpo del vil, que desarmó seguidamente, arrojándolo en tierra fuera de la habitación de Manette.

La huérfana, trémula de emoción, imploró á Burr:

—¡Burr, Burr, por Dios no lo mate!

—¡Seal! ¡Levántese!

—David, — prosiguió Manette, procurando cambiar la verdad de los hechos, por la paz de los dos hombres— vino porque me oyó llamar, lo mismo que usted ¿no es verdad, David?

—Vine por el mismo motivo que él.

—Ahora os miráis con unas caras que dan miedo, ¿qué pasa?

—¿No comprende, Manette? Es por usted— aclaróla David.

—¿Por mí? ¡Dios mío! No, no, esto no puede ser. Si es verdad que Manette ha convertido en enemigos á dos que se querían tanto, en mala hora vine aquí.

Algún tiempo después, la primavera llegó al valle. Dentro de pocos días se podrá emprender el regreso á San Miguel.

David y Burr conversaban cerca de la cabaña, como buenos amigos.

Burr preguntó á David alguna que otra tontería á la que éste correspondió con esta odiosa respuesta:

—Déjese de palabras amistosas cuando ella no está presente. Bastante es tener que fingir delante de ella.

—Creí que Manette podía oírnos.

—No nos oía.... mas aquí viene. El tiempo es espléndido ¿no es verdad, Burr?

—Precioso, David.

—¡Qué contenta estoy de verles amigos, socios, otra vez.

Burr, partiendo á buscar agua al pozo vecino, cubrió de miradas dulces y de sonrisas á su amada Manette, á la que quería cada vez más, sobretudo desde el día de la disputa con David por las causas ya conocidas. Desde entonces, Manette, desplegaba todo su ingenio de mujer buena para, no demostrando predilección por ninguno de los dos, tenerlos contentos siempre.

David, quedando solo con Manette, y, celoso de las muestras de cariño expresadas por Burr y recibidas amorosamente por Manette, hizo á ésta nuevas protestas de pasión:

—Manette, ¿cuando nos vayamos de aquí vendrá usted conmigo?

—No sé lo que haré, David....

—Si creyera que preferiría quedarse aquí con Burr....

—¿Qué haría usted, David?

—Si creyera eso, ¡lo mataría!

—¡Pero que cosas está diciendo! ¡Hablar de este modo tratándose de un amigo!

—Amigo, no, Manette. Nos odiamos, hemos fingido amistad en obsequio suyo.

—¿Es posible?

—Manette... yo la... adoro... así... mía... para

mí solo... si Burr osara....

Manette, dominada por los brazos de David no pudo rechazar con su cuerpo los arrebatos amorosos del atrevido que seguía besándola frenético sin oír sus recriminaciones. Burr, por la fuerza de las cosas, vió esta escena y acudió con la sangre agolpada en su rostro, á defender á su protegida. David, sintiéndolo llegar abandonó á su presa, aguardando, sereno, la intromisión de Burr en este asunto. Burr, pesando el alcance de sus palabras ante la tranquilidad de Manette y David, preguntó á la primera:

—¿Estaba haciendo eso en contra de su voluntad?

Manette palideció; David seguía impasible, pues de un principio había comprendido que Manette no diría nada á Burr que le perjudicara para evitar la lucha que tentaba á los dos rivales. Con tal seguridad, David contestó á Burr rogando á Manette le dijera si la había besado sin su consentimiento. La noble muchacha, destrozándose el corazón, manifestó:

—¿Qué mal hay en un beso?

Burr estaba desconcertado. Tan grande como inesperada decepción acerca de la diéfnamoralidad de Manette hacía trizas su corazón.

Mientras Burr, acongojado se dirigía hacia la cabaña, David, ufano de su victoria, quizá definitiva, intentó volver á abrazar á Manette. Esta, por vez primera desde que compartía su existencia con ellos, tuvo palabras agrias para David, al que contestó:

—¡No me vuelva á tocar! ¡Le detesto! Me hizo mentir á mi buen Burr.

—Vamos, Manette; no puede usted figurarse lo felices que seríamos los dos si usted me quisiera un poco....

—No quiero ni verle. ¡Déjeme en paz!

Manette quiso dar una explicación satisfactoria á Burr, sin que por ello tuviera que descubrir la verdad; mas Burr no la atendió suponiéndola convicta y confesa de su infidelidad al inmenso amor que un día la revelara y que ella había parecido aceptar de agrado.

Burr salió de la cabaña para entrevistarse á solas con David, al que puso al corriente de la falta de provisiones, como consecuencia de lo cual se imponía la necesidad de que uno de ellos fuese á San Miguel, á pesar de que los caminos no estuvieran completamente expeditos. La suerte decidiría cual de los dos debería bajar al pueblo.

—Si gano, juro que por mí no le pasará nada á Manette—afirmó Burr.

David, obligado á ello por éste, hizo la misma promesa, aunque probablemente sin la misma seguridad de cumplirla.

La suerte fué adversa para David que no estuvo conforme en arriesgarse á pasar á San Miguel, pretextando que no era justo que él, desconociendo los bosques, fuera quien debía exponerse, yendo á la ventura, peligrosa en aquellos lugares, á un desagradable percance, por procurar poner remedio á la escasez de víveres. Para dar más fuerza á su renuncia-ción, David exclamó:

—Además, yo amo á Manette y ella me corresponde.

—Lo dudo, y si lo creyera hubiera ido yo á

San Miguel sin proponerle que lo decidiera la suerte.

— Puedo probarle que es verdad.

— Si me lo prueba, iré yo.

— Está bien. No se mueva de aquí y se vencerá.

Burr, agitado por intensos escalofríos, permaneció inmóvil á pocos pasos de la cabaña, esperando los acontecimientos que iban á desarrollarse.

David, adoptando un gesto á propósito y fingiendo un hondo arrepentimiento por su conducta brutal hacia Manette, la habló de esta manera:

— Manette, siento en el alma haberla disgustado. Voy á marchar. Uno de nosotros tiene que ir por comida. El bosque está ardiendo y el peligro de muerte es casi seguro, pero quiero arriesgarme. Quiero rehabilitarme á sus ojos.

— Pero David....

— He de ir Manette.... nos faltan provisiones. Quizá es la última vez que nos vemos. Yo la quiero á usted sinceramente, apasionadamente.... aunque quizá no lo haya demostrado con la pureza que usted merece.... Perdóneme.... ¿quiere darme un beso de despedida?

— Eso no, David.

— Tiene usted razón, soy un miserable.... he sido malo con usted. ¡Adios, Manette!

Apenas había salido David de la cabaña, Manette sintió compasión por él y no quiso que se marchara tan triste porque ella le había denegado un beso suyo, uno solo, de despedida. Y le besó y se dejó besar sin recelo alguno.

Burr ahogó un grito de dolor en su garganta. Lo que acababa de ver evidenciaba que Manette amaba á David. Haciendo un supremo esfuerzo el pobre Burr se alejó internándose en los bosques.

David, que había fingido partir, volvió á la cabaña cuando supuso que Burr se hallaría ya lejos. Manette no tardó en convencerse de la infame combinación de David que intentaba una vez más aprovecharse de su soledad.

Burr, imposibilitado de salir del bosque, regresó á su cabaña para avisar á Manette y David del peligro que les amenazaba si no se ponían á salvo pronto. El fuego, que se había generalizado en toda la extensión del bosque, avanzaba con pasos de gigante hacia la cabaña.

Manette se amparó en Burr que, solo por la promesa que hiciera al muerto, debía protegerla contra todo y contra todos. David, por su parte, se veía bastante apurado atravesando el horroroso fuego que le quemaba los pulmones endebles.

La huida á través del pavoroso incendio fué dolorosísima. Burr seguía adelante cubriendo fervorosamente á su pequeña Manette contra las llamas. David, vencido de fatiga y con síntomas de asfixia se desplomó al suelo. Burr, se aperció de la ausencia de David, que hasta entonces le había pisado los talones y con su proverbial nobleza, pensando también que salvar á David representaba una parte de la misma Manette, retrocedió en su camino hasta encontrar al herido que cargó sobre sus hombros, prosiguiendo la tétrica peregrinación.

Al día siguiente los tres fugitivos despertaron más allá de la región del incendio, cerca del río. Burr, se quitó la venda con que cubrió sus ojos al llegar en lugar seguro, pues el fuego los quemó levemente. Manette estaba a su lado dedicándole sus caricias que aquél rehuía, ¡eran falsas!. David, llevaba un brazo



...regresó a su cabaña para avisar a Manette y David del peligro...

en cabestrillo y seguía tristemente la escena de Burr y Manette.

El fiel criado indio que debía haber llegado unos días antes aparecía, como llamado por la casualidad, deslizándose en su barquichuela sobre el río. Burr le ordenó que llevara a David a un médico y a la joven al convento de

Notre Dame.

David, vencido en su amor propio por el noble comportamiento de Burr, confesó a éste:

Burr, es usted el hombre más valiente que he conocido y me ha hecho comprender lo cobarde y vil que he sido. Mentí acerca de Manette, pero voy a decirle la verdad. Ella a quien ama es a



—¿Ahora no querrás que vaya a un convento, verdad Burr mio?

usted, Burr; olvídelo todo, menos eso.

—Pero ella le besó, yo lo vi.

—Eso fué parte de la mentira. La dije que iba a la muerte casi segura y la rogué que me diera un beso de despedida.

Manette, reflejando en sus ojos la luz de su alma pura se abrazó a Burr y le dijo con cari-

ño verdadero:

—Esa es la verdad, Burr, puedes creerla.

David y Burr se estrecharon las manos en señal de olvido de sus mutuos resentimientos. Aquél partió con el indio hacia San Miguel en busca de un médico.

Bajo un cielo de delicioso azul, los corazones de Burr y Manette se llenaron de la brisa de la felicidad.

—¿Ahora no querrás que vaya á un convento, verdad Burr mío?

—¡Oh, mi Manette! ¡No! ¡Tú siempre á mi lado!

Dirigiéndose á su criado, cuya barca estaba todavía cerca, Burr le gritó:

—Dice Manette que traiga un cura.

Un capullo de amor ofrecía á la vida sus maravillosos pétalos, como fuente de dicha.....

FIN.

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Imprenta E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa